



R. Rafael, autor.

La Samaritana.

Lit. de Decon.



## LA SAMARITANA.

Si scires donum Dei!  
(Joan. IV. 10.)

Hay en el hombre tres vidas, por las cuales responde á todo lo que existe: la vida del cuerpo, que le pone en relacion con el mundo material; la vida de la razon, que le hace companero ó conciudadano de las criaturas inteligentes, y la vida de la fé, por la cual se une á Dios, fuente de luz, coridad infinita, belleza incorruptible.

Estas tres vidas están llenas de una enérgica actividad: llenan la historia con el ruido de sus movimientos: están unidas con el bienestar, con la ciencia y con la religion, que no pueden perecer sino con la humanidad, y producen á fuerza de sudores, de lágrimas y de sacrificios dos obras eminentes. La una temporal y relativa al género humano en su conjunto; la otra eterna, y relativa á cada uno de nosotros; como si dijéramos que la una influye sobre la civilizacion en general, y la otra sobre nuestro destino personal.

Estas tres vidas se reconcentran en la unidad de la conciencia humana. Como principio de todos nuestros actos, deben desarrollarse paralelamente de una manera subordinada ó soberana según su valor propio porque los sentidos son menos nobles que el espíritu, y el espíritu lo es menos que la gracia divina: de ahí viene que el cuerpo no tiene derecho contra la razón, ni la razón la tiene contra la fe. Pero en el hecho, estas tres vidas se hallan en un estado de antagonismo perpétuo, y la unidad de la conciencia humana, en donde deben juntarse y armonizarse, es el turbulento teatro de una lucha inestinguible: la existencia no es mas que un belicoso esfuerzo para llegar á un termino final, al que no puede llegarse de otra manera, bien sea hombre, bien sea pueblo; y esta guerra no es otra cosa que la hostilidad de fuerzas diversas que en nosotros se agitan, como si tuviesen algo de implacable.

El cristianismo, pues, vino á explicar el origen y las condiciones de esta guerra, trazar su estrategia, indicar de antemano los resultados, y prometer á los esforzados y á los cobardes recompensas y castigos determinados. El cristianismo falla sin apelacion, que los sentidos nunca jamás deben triunfar, ni sobre la razón, ni sobre la fe, porque la suprema ley del hombre no está en su organizacion, y porque su gloria suprema no consiste ni en conservar su vida física ni su salud; pronuncia asimismo que el consagrar el cuerpo al trabajo, al sufrimiento y á la muerte por la familia, por la patria y por Dios, no es perderlo, sino transfigurarlo en la gloria. Asimismo enseña el cristianismo, que la razón es el espíritu del hombre, que la fe es la razón de Dios, y que así, tanto como el hombre está subordinado á Dios, tanto la razón debe estar subordinada á la fe: enseña, que pedir á la razón un acto de fe, no es humillarla, y mucho menos destruirla, es elevarla, estenderla, afirmarla, así como el espíritu, que cuando modera los instintos de los sentidos, lejos de rebajar ni de matar el cuerpo, le dirige, le protege, le ennoblece.

Tan pura y tan armoniosa doctrina es fuertemente rechazada por todos aquellos cuyas preocupaciones y actos combate: con todo, ella es el fiel resumen del Evangelio, y ella es la que salió de los dulcísimos labios del Salvador de los hombres. El que la estudia la ama; quien la practica, la comprende; el que llega á conocer su suavidad desea despertarla en todas las almas, repitiendo aquella palabra de Jesús á la Samaritana; Si supiérais lo que ella es!

El Hijo de Dios predicaba públicamente el Evangelio hacia ya algunos meses, y santificaba, por las aguas del bautismo, al pueblo que iba á escucharle y que creía en él. No pudiendo sufrir los fariseos que nadie ejerciese en nombre de las doctrinas religiosas una influencia que pre-

tendian ellos reservarse exclusivamente, supieron con despecho que Jesús atraía la multitud, y contaba ya con numerosos discípulos. Manifestaron, pues, abiertamente su envidia, y el Señor, que conoció sus malas disposiciones, resolvió dejar la Judea y el país de Jericó, en donde se encontraba, y retirarse á Galilea, lo tanto para librarse de la persecucion, como para alumbrar sucesivamente, con la antorcha del Evangelio, las diversas tribus de Israel.

Para pasar del país de Jericó á Galilea, debía atravesarse la provincia de Samaria. Esta provincia estaba habitada por colonias caldeas, que el asirio Salmanazar habia puesto en lugar de los israelitas conducidos cautivos á Nínive. Una profunda enemistad los separó siempre de la nacion judía, ya porque su presencia recordaba la conquista, ya sobre todo porque estas colonias habian traído de su país el culto de los idolos, y al adoptar la ley de Moisés, la habian desfigurado con la mezcla de instituciones paganas, y en lugar de ir á Jerusalem para ofrecer allí á Dios los sacrificios prescritos, levantaron un templo sobre la montaña de Garizim, en las cercanías de su capital. Los mútuos sentimientos de odio y de desprecio se perpetuaron entre las dos razas, y duran todavía; porque hay restos de samaritanos en Siria, y sobre todo en Naplusa, la antigua Sichem.

Atravesando Jesús el país de Samaria, llegó á los alrededores de la ciudad, cerca de la heredad que Jacob habia dado á su hijo José, y que le habia costado cien corderos, entregados en cambio á los hijos de Hemor. Habia allí una fuente de agua viva, que se llamaba aún, despues de dos mil años, el pozo de Jacob. Jesús, causado del viaje, se sentó junto á la fuente para descansar. Sus discípulos habian ido á la ciudad para procurarse víveres.

Una muger de Samaria vino á sacar agua de la fuente. "Dame de beber, le dijo Jesús."—" Vos que sois judío, respondió ella, ¿cómo me pedís de beber á mí, que soy samaritana? Porque los judíos no comunican con los samaritanos." "Si conocieras el don de Dios, contestó Jesús, y quien te pide de beber, tal vez tú le harías la misma demanda, y él te daría agua viva." Esta agua viva es la que apaga el hervor de las pasiones, amortigua el ardiente deseo de los bienes percederos, y hace al alma fecunda en buenas obras: agua verdaderamente viva, pues que viene de Dios, y á él vuelve, arrastrando consigo las almas que ha refrigerado durante su curso. A las orillas de este río misterioso es donde tantos espíritus elevados y tantos corazones rectos han venido por espacio de diez y ocho siglos á buscar el reposo, el refrigerio y la sombra, y ar-

raigar su vida, como una planta cuyas raíces tocan á la tierra, pero cuya cima florece para el cielo.

La Samaritana replicó: "Señor, vos no teneis con qué sacar el agua y el pozo es muy profundo: ¿de dónde, pues, sacarais el agua viva? ¿Sois por ventura mas grande que Jacob, nuestro padre, el cual nos dió este pozo, del que bebió él y han bebido sus hijos y sus ganados?" Los samaritanos no descendian de Jacob; pero habia entre ellos algunas familias israelitas que el vencedor no habia trasladado á Nínive, ó que habian vuelto al suelo natal despues de una larga cautividad. Además, el haber adoptado los samaritanos la ley mosaica y el haberse confundido politicamente con los judios infieles, ponía naturalmente sobre sus labios el nombre de Jacob y de los principales gefes de la raza hebrea, como si hubiesen considerado á los patriarcas como otros tantos progenitores suyos.

Jesús, elevando gradualmente el espíritu de la Samaritana sobre las cosas terrestres, le dijo: "Todo aquel que bebe de esta agua volverá á tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca mas tendrá sed; pues del agua que yo le diere, surgirá en él una fuente hasta la vida eterna." El que tiene en su alma el espíritu de Dios, como que posee el origen de todos los gozes y la plenitud de la felicidad, pierde el gusto y la sed de los gozes terrenos, porque su pecho hierve en la llama de la caridad que enciende en él este espíritu divino. Esta felicidad no tendrá su perfecto cumplimiento en la vida del tiempo; mas cuando este cuerpo corruptible fuere revestido de una bienaventuranza inmortal, entonces se cumplirá perfectamente la palabra de Jesucristo, que no tendrá ya sed en toda la eternidad, y que del agua que le dará se hará en él una fuente, que saltará hasta la vida eterna. La espresion ó imájen literal del texto, parece tomada de aquellas aguas vivas, que conducidas por canales desde unos lugares mas elevados á otros mas bajos, forman surtidores por los cuales salta el agua hasta la altura de su origen.

El ojo del alma de la hija de Samaria no estaba abierto todavía á los resplandores del mundo espiritual, y el agua vivificante de la palabra divina no habia aún derramado sobre su corazón la ciencia de salud: tan encorvada estaba hácia la tierra, y tan oprimida la tenia la vida de sus sentidos.

Por esto Jesús, haciendo brillar á sus ojos una luz penetrante y á sus oídos una voz acusadora, añadió: "Id, llamad á vuestro marido, y venid á este lugar."—"No tengo yo marido" respondió ella.—"Razon teneis para decir que careceis de marido: pues habeis tenido cinco, y el que teneis ahora no es el vuestro. Y en esto habeis dicho verdad."

Hasta entonces parece que aquella muger no entendia el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo, y que no elevando la idea mas allá de una agua natural y comun, se la pidió al Señor con el deseo de verse libre de la fatiga de ir á buscarla. Mas el Señor, para darle una prueba de que era mas que hombre el que le hablaba, le descubrió en breves palabras la serie vergonzosa de su vida pasada y el desarreglo de la presente. En tanto que el Señor no llegó á lo mas vivo del corazón, tocando sus llagas con el dedo, podía parecerle chanza; pero conociendo de su propia conciencia, y acusada por el remordimiento y reconociendo que solo es dado á Dios el penetrar los senos recónditos del alma, empezó á mirar al Señor con otro respeto y otros sentimientos. Aquella increpacion llena de dulzura conmovió á la Samaritana, é hizo la confesion de sus faltas con aquella sinceridad que provoca el perdón, "Señor, le dice, yo veo que vos sois un profeta." Deja ya las ideas groseras de la tierra, que hasta allí habia tenido, y pasa á proponer un punto de religion en que consistia principalmente la division que habia entre samaritanos y judios. Y señalando al monte Garizim que estaba cercano y sobre el cual los samaritanos habian en otro tiempo edificado un templo para las ceremonias de su culto religioso, dijo: "Nuestros padres adoraron sobre aquella montaña, y vosotros decis que en Jerusalem está el lugar donde se debe adorar."—"Créeme, muger, le dice el Señor, llegado ha el dia en que ni sobre este monte ni en Jerusalem adorariéis al Padre. Vosotros adorais lo que no conocéis, y nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judios. El tiempo llega, y ha llegado ya en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, pues tales adoradores son los que quiere el Padre. Dios es espíritu, y aquellos que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad." Estas palabras caracterizan el nuevo culto que presto debia tomar posesion del mundo, y que poniendo en lugar de victimas comunes una sola victima de un precio infinito, iba á asociar para siempre la conciencia de cada hombre á este inmortal y poderoso holocausto.

El Señor describe aquí en breves y precisos términos la abolicion de las ceremonias y sacrificios, tanto de los judios como de los samaritanos, y la universalidad del culto del verdadero Dios y de la fé de la nueva alianza: increpa el ciego culto de los samaritanos, á quienes decia que adoraban lo que no conocian, pues su culto era una mezcla informe de supersticiones idolátricas, con alguna idea del verdadero Dios, con el cual confundian las deidades de otras naciones, y tan estravagante politeismo formaba un verdadero contraste con la religion judia que se dirijia al gran de Jehová, con exclusion de todos los demás dioses. Por esto Jesús, de-

clarándose como judío, afirma que ellos, los de su país, adoran lo que conciben, y le adoran en el lugar ordenado por el mismo Dios, que es la ciudad y el templo de Jerusalem, anunciándole por último á aquella muger, que la salud, ó sea el Cristo de la salud, debía nacer entre los judios, por que á ellos principalmente les fué prometido.

Indicóle además la diferencia aun en este mismo culto dado al verdadero Dios, por cuanto el que hasta entonces le habian dado los judies era casi puramente exterior, y consistia en ceremonias exteriores y figurativas; y el culto que en adelante debian darle sus verdaderos adoradores era principalmente espiritual é interior, salido del doble homenaje del pensamiento y del corazon, sin por esto escluir el homenaje del cuerpo para completarlo, ardiente y sincero en lo interior, y por de fuera sublime y majestuoso: no pudiendo Dios ser honrado sino con la pureza del espíritu y del corazon, porque siendo Dios espíritu, pide un servicio que sea correspondiente á su naturaleza.

“Yo sé, respondió la Samaritana, que el Mesias llamado Cristo vá á venir, y que cuando viniere nos revelará todas las cosas.” “Yo lo soy, que hablo contigo,” añadió el Salvador con aquella secreta fuerza de revelacion que penetra hasta en las profundidades de la conciencia, para escitar en ella el doloroso y saludable temblor de los remordimientos, ó la persuasion íntima de la verdad. En estas últimas palabras llegaron los discípulos de Jesus. La Samaritana no esperaba el Mesias del mismo modo que los judios; pero aquella muger, aunque no podia reconocer aquel con quien hablaba, mostraba no obstante un corazon sencillo y un grande deseo de conocer la verdad; y por esto el Señor la encontró digna de que el mismo le descubriese claramente quien era, derramando instantáneamente sobre aquella alma dichosa todo el acopio de luz que le era necesario para conocerle, adorarle y amarle.

Dos discípulos, que no acostumbraban á ver á Jesus conversar con mugeres, no dejaron de sorprenderse, pero sin sombra alguna de recelo que pudiese ofender á su Maestro, pues éste, que leia en su pensamiento, se lo hubiera ya increpado. Admiraron si la humanidad profunda del Salvador y aquella bondad admirable, que no se desdenaba de conversar con aquella pobre muger, aunque fuese de Samaria.

Esta, pues, lleno el pensamiento de la felicidad que acababa de encontrar, se olvidó de lo mismo que allí la habia conducido, pues dejó su cántaro, y se ocupó solamente en participar tan feliz nueva á los habitantes de la ciudad, animándole asimismo el espíritu de caridad, de que todos participasen del mismo bien. El Señor, que habia infundido su gracia y su fé en el corazon de aquella muger, le inspiró asimismo prudencia y

sabiduria, sin cuyas virtudes no puede ser perfecta la caridad. Si hubiese, al llegar, gritado á grandes voces: Venid corriendo á ver al Cristo, la hubieran tenido por loca y nadie la hubiera creído. Pero ella se limita á decir: “Venid á ver á un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida. ¿Si será este el Cristo?” Ved ahí un anuncio interesante, humilde al mismo tiempo. Por de pronto les dá una prueba de que el personaje que ha encontrado es un gran profeta, porque penetra en lo mas oculto del corazon, y esto envuelve una implícita confesion de su vida licenciosa, harto conocida de todos. De otra parte, limitándose á proponer la verdad bajo la forma de la duda, esquivaba el reproche de una afirmacion atrevida en boca de una muger sin instruccion ni autoridad, y picaba al mismo tiempo la curiosidad de cuantos la escuchaban, empenándoseles á reconocer por sí mismos una verdad, de que ella estaba ya convencida, pero que presentándola como dudosa, mostraba una especie de deferencia al resultado de las investigaciones y al criterio de los que podian conocerlo mejor que ella. ¿Si será este el Mesias que esperamos?

Los discípulos, de su parte, rogaron á Jesus que tomase algun alimento; y él se aprovechó de esta indicacion, para recordarles que el alma debe tomar siempre su alimento; porque si el cuerpo se desarrolla y conserva su existencia por medio de alimentos materiales, á su vez el alma saca su fuerza y su vida de un género de alimentos que le es propio: el cuerpo vive de lo que come, el espíritu de lo que conoce, el corazon de lo que ama. “Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabeis,” les dice Jesus.—¿Le habrá traído alguno de comer?—se preguntaban entre sí los discípulos. “Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me la enviado, y que cumpla su obra. ¿No decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo, alzad vuestros ojos, y mirad los campos que están ya blancos para segar. El agua del pozo de Jacob, el alimento traído por los discípulos, el aspecto de las campiñas, de todo se servia Jesus para elevar el pensamiento de sus oyentes mas allá de las cosas terrestres: dirijia su mirada divina hácia el mundo espiritual, y les hacia ver que los pueblos, como ricos campos cultivados por el labrador celeste, las almas de los hombres como espigas ya amarillentas bajo el sol de la divina misericordia, aguardan la mano del operario apostólico que debe cojerlas en la fé, y llevarlas, como frutos ya sazoados, en la casa del padre de familia, que es el cielo y la eternidad.

El que trabaja en la siega divina de la conversion de los hombres, recibirá una recompensa proporcionada á su trabajo; y los frutos que recoje no son para la vida del tiempo, sino para la eternidad. Por esto

añadió el Divino reparador á aquellos operarios que allí delante tenia: "Es una verdad lo que dicen, que uno es el que siembra y otro el que siega: yo os he enviado á segar lo que vosotros no labrásteis, otros lo labraron, y vosotros habeis entrado en sus labores:" aludiendo sin duda á que Moisés y los profetas habian preparado la tierra y la habian sembrado, sin poder ver el fruto de sus trabajos; pero los apóstoles, que vinieron despues, le recogieron en las innumerables conversiones que lograron en poco tiempo, y casi sin trabajo. Y como no pueden entrar envidias ni celos entre operarios que solo trabajan con el fin de la gloria de Dios, los profetas no quedaron menos satisfechos por el feliz éxito que preveian en la predicacion de sus sucesores los apóstoles, de lo que lo quedaron estos mismos sucesores.

Entretanto, por el testimonio de la Samaritana, muchos habitantes de la ciudad vinieron á encontrar á Jesus, suplicándole que se quedase con ellos, y permaneció en efecto por dos dias. Su palabra convitió á muchos de ellos, y decian despues á la muger afortunada: "Ya no creemos por tu dicho, pues nosotros mismos le hemos oido y sabemos que es en realidad el Salvador del mundo."

Así fué arrancada á su vida delincente, y conducida á la verdad y á la virtud aquella muger, á la cual habia seducido el encanto de los sentidos: de esta manera fué llamada á aquella vida superior que las almas beben en las puras corrientes de la té, y que el Evangelio ha dado á conocer á todos los pueblos. No es esto porque la carne no sea santa en su origen, como todo lo que sale de las manos de Dios; pero ella deca- yó de su dignidad originaria: desposada con el espíritu, no siempre le guarda fidelidad, y en su flaqueza hace con frecuencia traición á su sagrado destino. Por esto el Verbo de Dios quiso revestirse de ella, para restituírle la dote de su pureza y de su santidad eclipsada: por esto tambien está sujeta acá en la tierra á un trabajo de rehabilitacion, que tan considerable lugar ocupa en las numerosas dificultades de la vida humana. Combatirla y domarla es lo que ciertos hombres llaman absurdo, y que el Evangelio llama sublime; porque estos hombres tienen los ojos fijos en lo mas bajo de la tierra, y toman los gustos cenagosos del cuerpo por una revelacion de nuestros supremos destinos: mientras que el Evangelio mira hacia arriba, y vé nuestra naturaleza tal como Dios la hizo, es decir, con todas sus esperanzas, todos sus derechos y todos sus deberes.

Resueltos á amenizar en lo posible la lectura de estas biografías, hemos encontrado en la variedad de cuadros del Antiguo Testamento mayor facilidad para conseguirlo, que en la severa majestad de las esce-

nas que el Nuevo nos presenta. Parece además que la perspectiva lejana de los tiempos primitivos permite mayor libertad á la fantasia, y dá márgen á que el genio se esplaye en mas risueñas y pintorescas creaciones. La nueva ley presenta ya desde luego en sus héroes un carácter distinto, porque la dignidad del hombre rehabilitado por el mismo Dios, aparece con un colorido de abnegacion santa, y de aquella íntima comunicacion del alma con el cielo, que si bien mas augusta y sublime, no se presta tanto al variado colorido de las formas. Dios lo llena todo, y la mano del hombre tiembla de respeto cuando está presente la Humanidad Divina.

Sin embargo, un corazon de muger nos ha facilitado el poder continuar un bello episodio que abraza los resultados de la conversion de la Samaritana, sobre los cuales guarda silencio el sagrado testo. Al mismo tiempo que este cuadro interesa por su candidez y ternura, es el mas suave pasto que puede darse á la piedad y á la pintura de los prodigios del amor divino. Todas las almas delicadas, sea cual fuere su posicion y su temple esperamos que nos agradecerán nuestros buenos deseos.

Despues de una semana, y algo mas, esta muger de Sichar, á quien habia hablado Jesus en la montaña, estaba sentada en su casa y lloraba. La voz poderosa y triste, severa y á la par consoladora que habia dicho: ¡Oh! si conociérais el don de Dios! Aquella voz resonaba sin cesar á sus oídos, y retraía su corazon de sus largos extravíos. Sueños de inocencia desvanecida, secretos arrepentimientos no confesados aún de ella misma, turbaban su espíritu. Repasaba en su imaginacion sus dias, que se habian deslizado entre la febril embriaguez de las pasiones, y el rubor coloraba por un momento su faz, que muy pronto palidecia de nuevo con la amargura de sus recuerdos. Y aquel pobre corazon, por tanto tiempo lleno de los sentimientos tumultuosos de la tierra, volviase aun á pesar suyo hacia lo que habia tanto amado, porque la gracia le habia sorprendido en medio de una afeccion mas profunda y mas ardiente que cuantas hasta entonces le habian agitado; y ella palpitaba todavia como bajo el peso de los nuevos pensamientos que germinaban en su pecho, junto á los que no la habian del todo abandonado, y su alma gemia en la turbacion y en la angustia.

—¿Saphan no vendrá pues? se decia en medio de la inquietud de su espíritu; el ha ido á vender sus ganados y su herencia para fijarse para siempre á mi lado. Yo habia exijido esta prueba de su amor, continuaba, hablando consigo misma. Quería yo que todo lo dejase por mi amor, como yo hubiera dejado por él todos los bienes de la tierra.... pero á los del cielo, ¿cómo renunciar ahora que han brillado ya á mis ojos! ¿Y aho-

ra? ¿que vá él á pensar, volviéndome á encontrar tan otra de lo que me dejó? Mas se replicaba, y crecía la palidez de su rostro, y su seno se levantaba mas agitado, ¿quién puede preveer si volverá?... Un año de constancia le habrá cansado tal vez. De otra parte, una esposa jóven y bella, ornada sin duda ¡ay! de toda su inocencia, le aguardaba al lado de su padre... ¿Quién sabe?... quizá no volverá mas. Mejor sería esto, que tener que separarse... pero no vése mas... ¡Oh, Dios mio! ¡muy débil soy todavía! me costará la vida.

Así hablaba Sarai, la bella Samaritana, conocida hasta entonces en Sihar por sus infortunios y por el atractivo de sus gracias, á las que pocos hombres sabian permanecer insensibles. Mas hoy su hermoso semblante está oscurecido por las lágrimas, y Sarai se vé abismada en amargos recuerdos mezclados de previsiones mas amargas todavía.

Saphan era jóven, era bello, y Sarai le habia amado con locura. Habia esperado ser su esposa; pero Saphan era un hijo de Israel, y el origen extranjero de los habitantes de Samaria, así como las diferencias que dividian su culto y sus creencias, hacian imposible toda mútua alianza. Entonces Sarai habia endulzado sus labios con la miel de sus palabras: habia arrojado sus miradas de fuego, habíase perfumado sus cabellos, y puesto cada dia los hermosos vestidos de fiesta. No tardaron sus encantos en embriagar al jóven hebreo, y á semejanza del hijo pródigo, todo lo habia dejado por ella, transformada ahora, con una palabra del Salvador, y que de lo pasado no conserva ya mas que un corazon turbado, pero arrepentido. Y sus lágrimas corrian todo el dia; y por la noche, abismada en sus tristes pensamientos, se decia: ¡Ah! si él hubiese como yo escuchado la voz de Cristo, su alma se hubiera seguramente conmovido como la mia, y los dos juntos seguiríamos donde quiera el Salvador, para escuchar siempre los acentos que hacen levantar los muertos de sus sepulcros y los pecadores del abismo de sus pecados. ¡Pero, me querrá creer, á mí, pobre muger, sin ciencia y sin autoridad? ¡Oh, Dios mio! yo no espero sino en vos!

Sarai rogaba con ardor para ella y para aquel otro ella misma, que queria tambien salvar. Porque, ¿hemos de decirlo? el cielo y sus delicias, y sus dias eternos, parecen apenas apetecibles al corazon de una nueva neófila, conmovida aún con las pasiones de la tierra, sin aquél á quien espera, ó encontrar allá, ó arrastrar consigo. ¡Ah! porque el rayo que lleva en su corazon es un rayo perdido del amor eterno que debe ser vuelto á él, despues de haber abrasado el seno que le habia recibido para otro uso.

Al caer de aquel dia, despues de una luna de ausencia, pareció Sa-

phan á la puerta de la casa de Sarai, y como conocia el secreto, la abrió sin dificultad.

Al entrar en la habitacion baja que habitaba la jóven, dejó su aljaba y su palo de viaje, y adelantándose hácia ella, le dijo en un tono que manifestaba una fuerte emocion: "Sarai, ya me tienes de vuelta y á tu lado... He dado un adios, como tú lo has querido, á mi padre, á mi pobre madre, á mis hermanos, al techo que me vió nacer, á la que me estaba destinada para esposa. He roto todos los lazos que podian alejarme de ti... Su semblante apareció como sombreado por una nube; pero pasando una mano sobre su frente, como para ahuyentar una idea importuna, continuó:— Ven, Sarai, ¡hágame mi amor olvidar todo cuanto he dejado por ti!—Pero Sarai permanecia trémula lejos de él, y no adelantaba. Las sombras empezaban á subir al horizonte; un postre rayo del sol, al morir, atravesó las rendijas de la ventana, iluminando los negros cabellos de Sarai, y dorándolos con un brillante reflejo. Pero su rostro estaba en la oscuridad. Acercóse Saphan y la miró: estaba inundada en lágrimas.

—¿Qué ha sucedido, replica algo bruscamente el jóven, de dónde viene tan extraño recibimiento? No, tú no me recibías así... ¿Ha sido tal vez demasiado larga mi ausencia, para la constancia de un corazon de muger? ¿Soy olvidado? habla á lo menos.

Un suspiro de Sarai fué toda su respuesta. Estas palabras de su amante le hicieron conocer toda la profundidad de su abyeccion, pues podia creerse tan versatil su corazon, y capaz de cambiar tan pronto de objeto. Saphan la examinaba con ojos de sospecha. Continuó, pues, y su voz temblaba en la cavidad de su robusto pecho:— Dímelo, ¿he obrado mal en dejarlo todo por amor tuyo?... ¡Oh! si pudiese así creerlo, siguió en la angustia que le agitaba... ¡dilo, dilo, Sarai! Tan presto vas á vengar á mis padres y á mi jóven prometida, del abandono inesperado en que les acabo de dejar? Mi padre, á quien Dios bendiga y consuele, mi padre, el sabio anciano, me lo ha dicho ya, que tú los vengarías un dia á todos. Pero yo, en mi ceguera y en mi amor insensato, no he querido creerle. ¿Y tú eres la que tan pronto debes convencermé? Y estaba mirando á Sarai, y sus ojos espresaban una desconfianza mezclada de cólera y de dolor.

¡Saphan! esclama ella, ¡yo os amo siempre! oh, sí, siempre lo bastante para morir por vos si tenéis necesidad de mi vida.—¡Y pues! dijo Saphan con un acento de fiereza.—Durante vuestra ausencia, han pasado aquí en estos lugares algunas cosas... de las que hubiera querido que fuérais testigo, Saphan, y estas cosas me han dado á conocer que

otros pensamientos, muy diferentes de los de la tierra, deben llenar el espíritu de las criaturas de Dios.

Saphan en pie, con los brazos cruzados y contraídos, miraba á aquella muger conmovida y palpitante, y no sabiendo leer en el fondo de su alma qué suerte de agitaciones la turbaban, en un terrible acceso de furor contenido, exclamó:—¡Ah! ¡corazon de muger, mas inconstante que las ondas móviles del mar! ¡qué extravío de pensamiento, qué vértigo se apoderó del que creyera poder descansar sobre ti! ¡Oh desdicha! ¡yo era, pues, un insensato?—Saphan, querido Saphan, no me maldigas, exclamó ella, echándose de rodillas delante de él y besando sus manos con un dolor inmenso. ¡Oh! no me oprimas; no me mates con ese horrible menosprecio que leo en tus ojos. No, no lo creas así: no ha cambiado mi corazon, es tuyo, es demasiado tuyo; te ama á tí únicamente, y jamás le poseerá otro. Pero escucha, ha brillado á mi vista una nueva y súbita luz, que me ha mostrado mi nada y mi miseria. He comprendido, he sentido misterios desconocidos, cuya sublimidad me ha aterrado. Una voz me ha hablado. ¡Oh! ¡Saphan! ¡si conocieses tú también el don de Dios!—¿Qué quieres decirme? Estas palabras son para mí incomprendibles. Y Saphan arrojaba sobre la jóven miradas de acriminación, acompañadas de un desdén profundo. Parecía decirle: ¿Así es como pagas todos los sacrificios que por tí he hecho?

Pocos hombres saben cumplirlos, sin echarlos menos al momento, pues no acostumbran hacerlos sino á sus pasiones, siempre prontas en transformarse en pasiones contrarias. Saphan se había dejado sorprender por cariñosas palabras de una muger bella y apasionada. Habíase abandonado sin defensa á sus seductoras gracias. Subyugado por sus encantos, nada le había costado la resolución de romper por ella todos los lazos que unen á los hombres entre sí. Todo lo había roto bruscamente y sin pensar, á fin de seguir sin trabas sus inclinaciones. Mas ahora que sospecha de su constancia, ahora quizás que había destruido todos los obstáculos que entre los dos se levantaban, su pensamiento le ofrecía de nuevo las imágenes que se había en vano esforzado á rechazar. Cuando hacemos un sacrificio de nuestras más queridas ó inocentes afecciones para ponerlas á los pies de un ídolo que creemos nos aparta de sí, sentimos el mayor tormento que puede devorar el alma del hombre. Saphan veía en aquel momento su anciana madre llorando y dándole el último adiós, su padre enfermo y agobiado de pesares, y sus hermanos, fieles á las antiguas costumbres, seguirle con severa mirada cuando les había dicho adios. Volvía á ver también su prometida esposa, la bella y

encantadora Idida, que ocultaba sus lágrimas bajo el velo cuando él se había alejado.

Sin él saberlo, había traído á Sichar un corazon irresoluto con imágenes de una pura felicidad, y recuerdos y remordimientos que él quería olvidar entre los fuegos de una pasión ardiente. ¡Ay! un corazon que vé de lejos las lumbres divinas, encierra muchas miserias secretas: lleva en sus propios sentimientos una debilidad innata, una llaga que le corroe y que se los hace incompletos: desea y teme, llama y rechaza, quiere y no quiere, y no se adhiere por fin sino á lo que le escapa.

Sarai vió en una sola mirada todo lo que pasaba en el corazon de Saphan; pues se sentía doblemente iluminada por el amor y por el dolor.—¡Oh Saphan! exclamó llorando con amargura; ¿por qué no te resististe tú, cuando, loca de mí, te exijia tan grandes sacrificios? ¡Ay! yo creía pagártelos con toda una vida llena de amor y de adhesión, por toda una existencia consagrada á tí, pues yo te amo como nunca jamás se ha amado.—Si tú me amases. . .—¡Oh mi Dios! Si, yo te amo. . . Mas, continuó bajando los ojos llenos de lágrimas, el Cristo, el Salvador ha bajado en Sichar; nos ha hecho oír su palabra divina, y su voz ha removido mi alma hasta lo mas profundo de ella.

Saphan sonrió de un modo extraño.

Tú ya no me crees, repuso Sarai, como agobiada por un grande peso. He perdido el derecho de persuadirte. ¿No le hubiera tenido yo sino para tu perdición? ¡Ah! ¿por qué no te hallabas tú aquí? ¡Fatal viaje! ¿Por qué me dejaste? Tú hubieras visto y tu hubieras sentido como nosotros el poder irresistible que ejerce. El ha hablado y todo ha enmudecido para escucharle. Ha curado á aquellos que sufrían de algunos males ó de alguna languidez, y su límpida mirada penetraba hasta el fondo de las conciencias, y las turbaba como un rayo del sol turba el agua á la que á un tiempo calienta ó ilumina.

Y bien, dijo Saphan en acento brusco, ¿á dónde nos conducirá este discurso?—Pues bien, replicó Sarai con una voz débil, pero asegurada por una sincera convicción, he reconocido mi culpa, y de ella me he arrepentido.—¿Con quién? exclamó Saphan en tono de un profundo desprecio.

Dos lágrimas saltaron de los ojos de Sarai á este insulto inesperado.

—Tú no me crees, respondió ella con desolada voz. ¡Ah! bien merecido lo tengo. El terrible castigo de una conducta insensata, es el no poder inspirar mas la confianza. ¿Qué os diré yo ahora? si vos no poneis el menor crédito á mis palabras. Vamos á encontrar á Eliezer: sus sencillos discursos te convencerán quizás. Pero vedle, que llega ya.

En efecto, un anciano, inclinado bajo el peso de los años, llegaba de

los campos de donde sin duda durante el día había vigilado algunos trabajos. Era Eliezer tío de Sarai, y padre de los jóvenes que sucesivamente habían muerto despues de tomarla por esposa. Eliezer era un anciano entendido, sencillo en sus palabras, y cuyas acciones habían sido todas buenas delante de Dios. Sus canas eran por todos respetadas, porque la esperiencia consumada es la corona de los viejos, y su gloria consiste en el temor de Dios.

Saphan, hijo mio, seas bien venido, dijo al jóven, alargándole su rugosa mano. Levantóse éste por respeto á la vejez, siguiendo aquel precepto de la Escritura: "Levántate delante de aquellos que tienen cabellos blancos: honra la persona del anciano." Pero no respondió. Este afectuoso acojimiento no dejó de sorprenderle, y le dió alguna escozor en el corazon: porque Eliezer, sabiendo que un hijo de Israel no podía ser esposo de una samaritana, había vituperado fuertemente sus relaciones con su sobrina. Bondades hay que hacen presentir la desgracia.

— ¡Pueda vuestro regreso volver la paz á Sarai! continuó el viejo: ocho dias hace que no sabe sino llorar, y sus ojos se convierten en dos arroyos de lágrimas.

— ¿Y sin duda conoceréis la causa de tan profundo pesar? dijo en amargo tono el jóven hebreo. — ¡Ah! la causa, dice Eliezer, sentándose sobre una tarima junto á Sarai, la causa de esta pena es y será la alegría de muchos. Ella produce la mia, si, la de mi alegría; yo, que estaba sobrecojido en los terrores de una muerte inevitablemente próxima, y que flotaba en un océano de dudas y de obscuridad. . . . .

El jóven hebreo escuchaba, y la sorpresa le dejó sin palabra.

Saphan, vos sois jóven todavía, y el orgullo de la vida y la fuerza de un largo porvenir que se despliega á vuestros ojos como un horizonte lejano, harán tal vez que no prestéis mucha atención á las cosas que voy á decir. Pero no importa, escuchad.

Y el anciano bajó la cabeza, y como si recojiese todas sus fuerzas por algunos instantes, continuó así:

— Un hombre ha parecido entre nosotros, y su boca enseñaba la sabiduría. La gracia divina y la fuerza fluían de sus labios, como cae el rocío por la mañana sobre la tierra; y ha derramado la luz sobre cuantos le han escuchado con recto y sincero corazon. A Sarai debemos su venida. Bendita sea ella para siempre! añadió, arrojando sobre la bella Samaritana mirada ua benévola y paternal.

Bien sabéis, continuó, que ella y yo hemos sufrido juntos muchos pesares, y yo la acusaba alguna vez de haberlas olvidado demasiado pronto en un nuevo amor. . . Mas si he sufrido mucho por ella, por ella tam-

bien me ha venido el consuelo. ¡Bendita sea! ¡Por ella, Saphan, se ha levantado de repente delante de mí la esperanza de una á otra vida en el sepulcro! Se han disipado ya mis terrores, y se han aclarado las tinieblas que me llenaban de horror. La vejez, hijo mio, no es ya para mí aquel mal débil y pesado que conduce á la muerte. Es el camino áspero y duro de la verdad; pero iluminado por un rayo del porvenir que conduce hácia una vida imperecedera. ¡Oh hija mia! ¡ bendita seas en el tiempo y para siempre!

Saphan estaba mirando á Eliezer que, perdido en sus pensamientos, parecia penetrado hácia Sarai de un inefable reconocimiento. El jóven hebreo no comprendia sus discursos. Y despues de un corto silencio, volvió á seguir Eliezer:

Habrán pasado poco mas de ocho dias, porque era sobre el fin de la luna que acaba de renovarse, que mi hija había salido de la ciudad á la sesta hora del dia, para ir, segun ella me contó despues, á sacar agua sobre la pendiente de la montaña, en la fuente de Jacob. Un hombre, cuyo nombre bendiga para siempre el universo, un hombre, digo, estaba sentado junto al márgen. Parecia fatigado, y descansaba á la sombra de las palmeras. En su modo de vestir fácil era reconocer su nacion. . . . Era un jóven, su aire era sosegado y majestuoso, y con solo ver su noble serenidad, venian vivos deseos de postrarse á su presencia. Esto era á lo menos lo que Sarai nos dijo haber sentido, y despues lo he experimentado yo mismo.

El anciano se interrumpió por un momento, pues parecia estar vivamente conmovido por sus recuerdos. Sarai, sentada entre Saphan y él, enjugó por dos veces sus ojos con la punta del velo con que ocultaba su semblante. Eliezer continuó:

Cuando mi hija se acercó á la fuente, el extranjero le pidió con un acento lleno de dulzura que le diese de beber. Sorprendida Sarai por la confianza que le manifestaba, pues ya sabéis qué odio divide nuestras dos naciones, respondió: " Señor, ¿ cómo vos que sois judío, me pedis de beber á mí, que soy samaritana? Los judios no tienen comercio con los samaritanos."

Entonces él respondió, y esta respuesta conmovió hondamente el corazon de mi hija: " Si vos conociéseis el don de Dios, y si vos supiéseis el que os dice: dadme de beber, vos misma tal vez se lo hubiéseis pedido, y él os daría agua viva."

— ¿Qué quiere decir esto? interrumpió Saphan, ¿tenia, pues, este hombre, siendo viajero, un vaso bastante grande para sacar agua en el pozo de Jacob? Es de una profundidad considerable, y es preciso saberlo abrir.



—Esto mismo es lo que le hice notar, dijo á su turno Sarai, y le respondí con sorpresa: “Señor, si no tenéis nada con qué sacar agua, y el pozo es tan profundo, ¿de dónde hubiérais sacado agua viva? ¿Sois vos mas grande que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, de cuya agua bebió él mismo, y tambien sus hijos y sus rebaños?” Pero él me respondió:

“Cualquiera que beba esta agua, tendrá sed todavía; pero el que bebiere de la que yo daré, sentirá su sed apagada, y el agua que yo le diere se convertirá para él en un manantial, que surjirá hasta en la vida eterna.”

Y Sarai quedó pensativa, como si esta voz y estas palabras resonasen todavía en sus oídos.

El anciano, bajando la voz y dirigiendo su palabra á Saphan que permanecía inmóvil con aquella relacion, dijo:

—Sarai se sentía turbada en su interior, y le dijo con una especie de movimiento involuntario:

“¿Señor, dadme de esta agua, á fin de que no tenga mas sed, ni haya de venir mas aquí para sacarla!”

Y añadió el viejo en acento aun mas bajo:

—Y el extranjero le dijo entonces: “Id, llamad á vuestro esposo, y volved aquí.”

Sarai, que parecia absorta en profundas reflexiones, seguia con atento oído cada una de las palabras de Eliezer, y exclamó de repente:

—Si, Saphan, el Señor me ha dicho que te llamase, y aun cuando debiese costarme la felicidad y el gozo de mi vida, yo te llamaré con todas las voces de mi corazón, hasta el día en que me respondas: ¿Aquí me tienes!

Mas, siguió ella, ocultando su rostro entre sus manos, y sus lágrimas corrian al través de sus hermosos dedos, me fué preciso decirle la verdad, y se la confié con vergüenza y rubor. “Yo no tengo esposo,” le dije, y él me replicó: “Con razon decís que no tenéis esposo: pues habeis tenido cinco, y éste no es vuestro esposo;” y la voz del que así me hablaba, continuó la jóven de Samaria cubierta de confusion, era una voz llena de una increpacion compasiva, y sus palabras conmovian hondamente toda mi alma. Y yo exclamé como perdida:

“Señor, yo veo bien que vos sois un profeta.” Y quedé como anonadada delante de él.

Entonces pronunció algunas palabras sublimes, cuyo sentido era en demasía encumbrado para mi débil inteligencia. Abismada estaba de estu-

por por las revelaciones que acababa de hacerme acerca mi vida pasada, y sobre los lazos que nos unian, Saphan.

Sin embargo, me esforcé para recobrar mis sentidos á fin de no perder sus palabras, y aun le oí decir: “Dios es espíritu y vida, y es preciso que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.”

Saphan miraba al anciano como para pedirle la esplicacion de las elevadas doctrinas que él no comprendia; pero Eliezer parecia perderse abismado en sus pensamientos: sus ojos, levantados al cielo, indicaban de qué naturaleza eran sus reflexiones. Sarai continuó:

—Yo me atreví á decirle balbuceando: “Sé que presto debe venir el Cristo ó el Mesías. Cuando habrá venido, anunciará todas las cosas.” Pero, Saphan, él me respondió, y mi corazón se estremece al pensarlo, y mi boca osa apenas repetirlo: “Soy yo mismo, yo que te estoy hablando.”

Saphan y el anciano se miraron, sintieron como helarse la sangre de sus venas. Sarai continuó: A estas palabras huí como azorada y al mismo tiempo arrobada de alegría. Dejé allí mi cántaro y vine aquí corriendo y jadeando, y diciendo á cuantos encontraba por el camino: “Venid á ver un hombre que me ha dicho todo lo que he obrado. ¿Es el Cristo, el Mesías?”

—¿Y qué hicieron los que tú llamabas? dijo Saphan, ¿dieron crédito tan fácilmente á tus palabras?—Sarai no respondió: fué Eliezer, y dijo:

—Un grande número de habitantes de Sichar, y yo con ellos, salimos presurosos de la ciudad, y fuimos á su encuentro. Decíamos al salir: ¿si nos habrá esperado? y nos dábamos mas prisa. Estaba todavía sobre la montaña, rodeado de sus discipulos.

Al verle, nos detuvimos á cierta distancia, sin atrevernos á pasar adelante.

El sol le bañaba con su luz; pero él pareció brillar con rayos interiores, mas relucientes que todos los resplandores del cielo: nuestros ojos quedaron deslumbrados de su presencia.

De lejos le oímos conversar con sus discipulos. Ellos le suplicaban que tomase el alimento que le habian traído. Pero él les respondia con imponente gravedad: “He de tomar otro alimento que vosotros no conocéis.” Y como sus discipulos dijese entre sí: “¿Alguno quizá le habrá traído qué comer?” repuso él: “Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado, y cumplir su obra.” Pero viendo su sorpresa, continuó: “No decís vosotros, ¿dentro de cuatro meses vendrá la siega? Ahora os digo yo: levantad y mirad los campos que blanquean ya y están para segarse. El que siegue recibirá su salario, y recojerá frutos

para la vida eterna, para que tan contento quede el que siembra como el que recoje las mieses."

—¿Qué queria decir con esto, exclamó Saphan, y de qué siega queria hablar? No comprendo yo estas figuras.

—En nuestras almas es en donde siembra sus palabras, y para el cielo es sin duda donde quiere recojer el fruto! respondió el viejo samaritano. ¿Que no estuviérais vos allí, Saphan! Los que le han oido han creido en él, porque el poder y la persuasion fluian de sus labios con abundancia.—¿Permaneció mucho tiempo en Sichar?—Dos dias estuvo entre nosotros. Durante este tiempo, su palabra divina ha germinado en nuevas almas, y la mitad del pueblo cree en él. Y no por lo que nos ha dicho Sarai, sino que le hemos oido por nosotros mismos, y sabemos que es el Salvador del mundo.

—¿Saphan! el Señor me dijo que te llamase; ¡oh! ¡no te hagas sordo á su voz!

—Su voz no ha llegado á mis oidos, respondió el jóven, y lo que me dicen un viejo crédulo y una muger que fácilmente se agita, no puede conmoverme. Además, añadió, como procurando afirmarse en su incredulidad, ¿cómo de otra parte el Cristo prometido á los verdaderos hijos de Israel hubiera por tanto tiempo conversado con samaritanos, cuyo culto es para nosotros abominable?

Repuso Sarai:—Me olvidaba decirte aún, tanta es mi turbacion, que para salir de las dudas que tú has hecho nacer en mi espíritu respecto á nuestro culto y nuestra creencia, dije con timidez al Señor: "Nuestros padres, sobre esta montaña en que nos hallamos, han adorado, y los de vuestra nacion nos dicen que en Jerusalem es donde se debe adorar."

—¿Y respondió él? dijo Saphan con mas interés ó curiosidad de la que habia hasta entonces manifestado.

—Me ha respondido: "Creeme, muger, presto vá á venir el tiempo en que vosotros no adorareis al Padre, ni en esta montaña, ni en Jerusalem: vosotros adorais lo que no conoceis; pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judios."

—¿Esto dijo? murmuró Saphan, en cuyo pecho los estravíos de la juventud habian debilitado pero no del todo estinguido la fé de sus padres: él ha dicho la verdad, la salud del mundo debe salir de en medio del pueblo escogido de Dios.

—Tambien nos ha dicho, prosiguió Eliezer: "No creais que yo haya venido para abolir la ley y los profetas. No vine para abolirlos, sino para cumplirlos."

—Y bien, ¿qué manda él, por último?—Manda dejarlo todo para se-

guirle: manda vivir segun los pensamientos elevados del espíritu, y no segun los deseos insensatos de la tierra. Manda la dulzura y el perdón de las ofensas, quiere el desasimiento de las riquezas, y dice: "Dad al que os pide, y no volvais el rostro al que quiere pedirlo prestado. No pidais vuestros bienes al que os los quite. Perdonad y seréis perdonados. En fin, lo que querais hagan los hombres por vosotros, hacedlo tambien por ellos. Esta es la ley y los profetas."

—¿Oh ley de amor y de mansedumbre infinita! exclamó el anciano en un raptó de piadosa gratitud, ¡ojalá no tardes en reinar sobre el mundo y derramar donde quiera tus benignas influencias!

Saphan escuchaba con una gran sorpresa. Por momentos su espíritu parecia interesarse en estas cosas tan nuevas para él (pues los recientes rumores de la venida del Mesías no habian llegado aún á sus oidos), pero por momentos tambien meneaba su cabeza y se atrincheraba en su incredulidad.

Siguió Eliezer diciendo:—Tambien nos dijo el Salvador: "Sabrás que se ha dicho: amarás á tu prójimo, aborrecerás á tu enemigo, yo, empero, os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen; bendecid á los que os maldicen; rogad por los que os persiguen, y por aquellos que os calumnian."

Saphan hizo un ademán de conmocion profunda. Eliezer reparó su movimiento, y continuó:—El Salvador añadia con una mansedumbre que se comunicaba al alma, llevando á ella su dulzura y su paz: "¿Vuestro Padre celestial no hace levantar el sol para los buenos y para los malos, y no hace caer su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores?"

Y exclamó Sarai con un acento penetrante:—¿No acaba de caer su palabra divina sobre una pecadora indigna de oirla? ¡Oh tú, Saphan! tú nacido en Jerusalem, hijo de la promesa, ¿no te dejarás llevar por el llamamiento del Mesías, cuando nosotros, malditos por tu pueblo, rechazados por la ley, nos hemos levantado de nuestra abyeccion para seguirle?"

Mas Saphan permanecia inquieto é indeciso. Y de repente, para hacer vacilar las resoluciones de la jóven Samaritana, dijo:—Sarai, el dia en que resuelva yo someterme á esa nueva ley de que acabas de hablarme, ó aun tan solo á seguir la ley severa de mis progenitores, es menester que renuncie á tu amor, que vuelva á mi padre, y que le diga: Dame ahora la esposa que me habias prometido.

—Ya lo sé, dijo Sarai, y las lágrimas cubrieron su semblante; harto sé ¡ay! que habrán de romperse nuestros lazos... Pero á ti á lo menos, tu padre, tu madre, tu familia, te acojerán con gozo... Tú hallarás tal vez la felicidad en una union pura y santa, añadió doblando sus lágrima-

mas y sollozos. . . Los males no serían sino para mí, que quedaré sola y desolada. Pero yo confío que no me faltará valor, y como el Señor vé mi miseria, tendrá piedad de su pobre sierva, y acortará la duracion de sus penas en gracia de su sumision.

—No, Sarai, exclamó Saphan, vuelto á toda su ternura hácia aquella muger á quien habia amado mucho, y cuyas lágrimas atestiguaban el amor que ella le tenia, no, no, creeme, deja á otro lado estos pensamientos demasiado elevados para tu espíritu y severos en demasia para mi juventud. Enjuga tus lágrimas: ¡ olvidémoslo todo, y el tiempo que huye, y los que pueden vituperarnos, y nosotros mismos! La vida es corta, y es preciso emplearla según nuestros corazon y nuestros deseos. Adios por hoy, haz que mañana tu rostro resplandezca como la nueva aurora, y el júbilo renacerá en nuestros corazones, como renace cada mañana sobre toda la superficie de la tierra.

Y habiéndose levantado Saphan, se alejó para romper con una conversacion que le heria en el fondo del alma, y dejaba su corazon descontento á despecho de sí mismo, porque la verdad jamás se muestra del todo en vano, y su vista perturba á lo menos á los que no ilustra enteramente.

Eliezer, al verle partir, le siguió con la vista, y dijo á Sarai:—¡ Valor, hija mia! la dicha, si es que la haya en la tierra, consiste en el cumplimiento de los deberes mas que en el cumplimiento de los deseos.

¿ Pero la vejez se habrá olvidado tanto de lo pasado, que ya ni aun sepa lo que la juventud llama felicidad, cuando ella puede tambien muchas veces engañarse en este punto? El deber es inflexible como él mismo: es de hierro, y rompe y desgarrá el corazon como la muerte. Fuerza es aprender á cumplirlo en todo su rigor, pero sin esperar que se nos convierta en un placer. Así lo sentia Sarai y lloraba abundantemente. Delante de Saphan habia contenido su dolor, pero ahora la jóven muger se desahacia en sollozos.

—¡ Roguemos! exclamó, Dios dá indudablemente á su criatura las fuerzas necesarias para el cumplimiento de los sacrificios que le impone. Pidámosle sus gracias que dan la fuerza: por mí sola, harto lo conozco, no puedo hacer mas que gemir.

¿ Cuánta es la incertidud de los deseos humanos, y cuán poco sabe el hombre lo mismo que quiere!

Cerremos los ojos á la luz, dice el impio; y con todo, abre sus ojos, y la luz los inunda. Regocijémonos, ha dicho el insensato en su corazon: y mientras se esfuerza en hartarse de gozo, su alma cae de repente sumerjida en una tristeza inmensa. . . Si, las bondas inconstantes del mar, las nubes que corren atravesando el cielo, ó el follage sacudido por la

tempestad son menos fluctuantes aún que el corazon del hombre. Así lo espermentaba Saphan.

El jóven hebreo habia regresado á Sichar descontento, vuelto el pensamiento, sin él advertirlo, hácia lo que habia dejado, pronto á desdenar la muger por la cual habia abandonado su país y todos los suyos, dispuesto á acusarla por la menor sospecha, para escusarse tal vez á sí mismo sus recuerdos.

Pero su vista, su belleza, su dolor, el deseo que habia manifestado de romper los lazos frágiles que les unian, todo habia reanimado su amor. El la amaba ahora perdidamente; y despues, cuando él abandonaba su alma á este amor, la doctrina severa, pero tan sublime y elevada de aquel á quien llamaban el Mesías, los remordimientos de la misma á quien amaba, los remordimientos asaz poderosos para combatir su ternura, las palabras de Eliezer, aquella voz secreta que habla en el fondo del corazon, y que siempre protesta dentro de nosotros contra las pasiones desatregladas, todo se mancomunaba para introducir la turbacion en su espíritu, y su alma flotaba en un océano de dudas y de incertidumbres.

¡ Oh Dios mio! ¡ en solo vos se encuentra el reposo!

Dos dias han transcurrido, durante los cuales Saphan y Sarai no se han hablado, ni se han vuelto á ver. Saphan anda errante por el campo: tan presto busca á Sarai en los lugares donde muchas veces poco hace la encontraba, en las llanuras ó debajo las palmeras de la fuente de Jacob; tan presto se hunde en la sombra de la montaña, al través de ásperos senderos, conversando consigo mismo acerca las palabras que ha recojido de la boca del anciano y de su hija; pero despues, cansado muy pronto del esfuerzo de su espíritu confuso, busca de nuevo á aquella, por cuyo amor dejaria aun otra vez lo que ha dejado ya, y que parece huir obstinadamente de él.

Sarai, empero, ha pasado la noche en las lágrimas y en la plegaria, pidiendo á aquel de quien viene todo don perfecto, que la illustre y haga descender en ella su fuerza y su socorro.

Despues de haber derramado todos sus llantos, despues de haber dispuesto sus humildes súplicas á los piés del Eterno, levántase la jóven de mañana, llama á un criado fiel, le hace tomar sandalias, un nudoso palo, le habla largo rato en secreto, y le hace partir antes de la aurora, diciéndole:—Id, Micas, informaos con exactitud, y venid á decirme en qué lugar podrémos encontrarle.

Y luego de haber partido el mensajero, se hinca de rodillas y ruega

aún largo rato. Y al levantarse, lava su cara para borrar las trazas de su llanto, y sale al encuentro del joven hebreo.

—Saphan, Dios nos separa, le dice con una voz que prueba emitir con entereza y tiembla á pesar de sus esfuerzos, mi vida ha sido siempre desgraciada. Cinco hermanos quisieron uno tras otros enlazar su suerte con la mia, siguiendo la costumbre de enlazarse el hermano con la viuda de su hermano para darle sucesores. Todos cinco perecieron de una muerte imprevista y violenta, el uno por el fuego del cielo, el otro en medio de las aguas, otro en la última guerra. . . . Un hijo, dulce esperanza de mi vida, que Fanuel, el último de mis esposos, me habia dejado, murió también en mis brazos. . . . Y ¿quién lo creyera? tantos dolores no han aún fatigado mi alma; y cuando Eliezer, á quien los mismos judíos han llamado el buen samaritano, te condujo á nuestra habitacion, cubierto de heridas que te habian hecho unos ladrones en los desfiladeros de nuestras montañas, mi alma voló toda entera hácia tí. Despues de larga solicitud y cuidados, cuando pudiste verme, tuve la debilidad de comunicarte mi ternura, y á pesar de lo que disgusta á tus compatriotas una muger de Samaria, tuve el arte ó la felicidad de hacerme amar de tí. . . . Yo te amaba tanto!

Detúvose aquí, porque el llanto la sofocaba. En vano procuraba enjugar repetidas veces sus lágrimas con su velo, pues no podian agotarse.

—Y bien, y bien, exclamó Saphan, si fué una falta el amarse, ¡ésta nos es comun! y cuando cerca de tí suspiro. . . cuando te veo en tu gracia y en tu hermosura, no puedo arrepentirme de haberte amado.

—Pues me arrepiento, dijo Sarai al través de su llanto.

—Tú te arrepientes, respondió Saphan en tono apesadumbrado. ¿Entonces tú ya no me amas?

—Me arrepiento y te amo, Saphan. . . . ¡Oh! ¡si tú conocieses el don de Dios!

—¿Mas cuál es ese don de Dios, que viene á destrozár los corazones?

—Es el de amarle ante todo y sobre todo, y con todo el amor. Es esperar su reino y guardar su ley. Es en fin, Saphan, llorar sobre las faltas de una vida culpable, y arrancarse el corazón, si es necesario, para no cometer mas en lo sucesivo.

Saphan miró á Sarai con ojo inquieto y receloso, y le dijo:

—Yo no creo en tu arrepentimiento ni en tus finjidos dolores. . . . Eres demasiado joven aún para pensar en la penitencia. . . y tu alma es demasiado ardiente para desasirse de todo amor. . . . Lo que yo creo es, continuó, que tu corazón ha cambiado durante mi ausencia; que otro ha sabido agradarte, y que tú quieres abandonarme. . . . Puedes hacerlo,

Sarai, porque no te une conmigo ningún lazo. Las leyes de tu país, y mas aún las del mio, que condenan tu culto, se opondrían entre nosotros á una union legitima. Mas antes de seguir tus nuevas inclinaciones, quiero que á lo menos sepas bien lo que haces, y cuál será mi suerte. ¡Escúchame!

Y respiró con fatiga, pues su pecho estaba violentamente oprimido. Y continuó:

—Mi padre y mi madre, despues de haber apurado sus inútiles esfuerzos para doblar mi resolución de dejarlo todo por tí, me han desterrado de su venerable presencia. . . .

Delante de mí repartieron sus bienes entre mis hermanos, y me desheredaron. ¡Ay! y si no pronunciaron contra mi cabeza la maldición de los hijos rebeldes, fué porque Idida, la esposa que ellos habian escogido, se arrojó entre ellos y yo, y les pidió mi perdón.

—¡Saphan! ¡Y por mi arrostrabas tantos infortunios! ¡Oh! ¡que Dios haya piedad de nosotros!

—El recuerdo de tí me habia armado contra todo lo que se oponia á nuestro amor. Yo era fuerte: yo tenia un valor que rayaba en fiereza, y para venir aquí á vivir de tu cara presencia, yo abandonaba amigos, padres, patria.

En tanto, siguió él, llegué aquí con el corazón desgarrado por todos los dolores que acababa de causar y por todos los que ha sentido, ¿y qué encontré á mi regreso? Sarai, Sarai, yo he venido á tí con todo el fuego de mi juventud, y ardiendo en esperanzas. ¿Qué has hecho tú de mi vida? ¿Qué has hecho del porvenir que brillaba poco hace delante de mis ojos? Todo ha perecido; todo se ha hundido en tus caprichos, todo lo has devorado. . . y ahora tú me abandonas. . . . ¡Ay! ¡ay de mí!

—¡Oh! ¡no hables así! ¡Dios mio! ¡Dios mio! . . . que no pueda darte yo mi vida, mi sangre, para indemnizarte de tantas penas, de tantos sacrificios de que soy la causa! Pues yo te amo mas que la vida, mas que la luz de mis ojos. Pero; ah! . . . ah! no puedo amarte mas que al Dios poderoso y bueno que te llama, que nos quiere á uno y al otro á su lado, y que por algunos instantas de dolores, sufridos sobre la tierra, nos promete toda una eternidad pasada junto á él en goces. . . de los cuales apenas puede darnos una débil idea la inmensidad de nuestras penas. Saphan, Saphan, tú fuiste fuerte delante de tus padres por el amor de tu pobre Sarai. ¡Oh amado de mi alma! yo seré fuerte contra tí por el amor que te tengo. Porque quiero que tu alma tan fuerte y tan bella conozca y adore al Dios de todo amor, de todo poder y de toda belleza.